
Albert Camus: las incomodidades de la ambivalencia

“Los escritores no pueden ignorar los tiempos que viven, pero tienen también que mantener, o recobrar, cierta distancia si quieren permanecer fieles a sí mismos”. A.C.

TONY JUDT

En una carta a su marido, fechada en mayo de 1952, en la que le contaba su visita a París, Hannah Arendt escribió: “Ayer vi a Camus: sin duda alguna, ahora es el mejor hombre de Francia. Está muy por encima de los demás intelectuales”¹. A la luz de sus compartidos intereses, Arendt tenía sus propias razones, por supuesto, para creerlo así; pero para ella igual que para muchos observadores, franceses y extranjeros, Camus era el intelectual francés. En los años inmediatos a la posguerra había ejercido una gran influencia en un amplio sector de opinión de París, recibiendo semanalmente miles de cartas en respuesta a sus columnas periodísticas. Su estilo, sus preocupaciones, su extensa audiencia y aparente omnipresencia en

¹ La cita de Arendt en Jeffrey C. Isaac, *Arendt, Camus and Modern Rebellion*, New Haven, Yale University Press, 1992, pág. 17.

la vida pública parisina parecían encarnar todo lo más característicamente francés, por lo que tenía de intersección entre literatura, pensamiento y compromiso político.

Pero la valoración de Arendt chocaba incómodamente con la opinión francesa entonces de moda. En el mismo año en que escribía eso, la estrella de Camus estaba comenzando a desvanecerse. A su muerte, en accidente de automóvil, el 4 de enero de 1960, su reputación estaba ya en brusco declive, a pesar del Premio Nobel de Literatura con el que había sido galardonado tres años antes. En el momento del premio, los críticos se precipitaron a enterrar a su receptor: desde la derecha Jacques Laurent anunció que al conceder el premio a Camus “el comité del Nobel ha coronado una obra acabada”, mientras que en *France Observateur*, inclinado a la izquierda, se sugería que la Academia sueca pudiera haber creído que estaba eligiendo a un escritor joven (Camus tenía 46 años cuando murió), pero que de hecho había confirmado a una “esclerosis prematura”. Era una creencia muy extendida que los mejores años de Camus habían quedado atrás; habían transcurrido unos cuantos desde que publicase algo realmente digno de mención.

Al menos en parte, el mismo Camus tenía la culpa de ese declive en el aprecio de la crítica. Respondiendo a las modas del momento, se había embarcado en un tipo de especulaciones filosóficas para el que estaba mal adaptado y para el que solo estaba moderadamente dotado; *El mito de Sísifo* (1942) no había funcionado bien, a pesar de sus resonantes aforismos. En *El hombre rebelde* (1951), como veremos, Camus expuso algunas observaciones importantes sobre los peligros de las líricas ilusiones revolucionarias; pero Raymond Aron dijo en gran parte lo mismo con efecto bastante más devastador en *El opio de los intelectuales*, en tanto que la ingenuidad filosófica de Camus le expuso a una cruel y dolorosa réplica por parte de Sartre, que dañó seriamente su credibilidad en el seno de la izquierda intelectual y debilitó para siempre la confianza pública en él.

Si la reputación literaria de Camus, como autor de *El extranjero* (1942) y *La peste* (1947), quedó así injustamente empañada por sus

TONY JUDD

incursiones en el debate filosófico, fue con su papel como principal intelectual público de Francia, como la voz moral de su época, con lo que más pesadamente cargó Camus en su última década. Sus escritos en el periódico de la posguerra *Combat* le habían otorgado, en palabras de Raymond Aron, un singular prestigio; fueron las conclusiones de Camus las que fijaron el tono moral de la generación de la Resistencia al enfrentarse a los dilemas y las decepciones de la Cuarta República, y con las que sus muchos lectores “formaron el hábito de obtener de él su pensamiento diario”. A finales de los años cincuenta esa carga se haría intolerable, y la sensación de estar en desacuerdo con su álgido ego público se había convertido en fuente de constante incomodidad en los escritos y discursos de Camus².

Mucho antes, en junio de 1947, tras haberlo dirigido él desde la *Liberación*, cedió el control del periódico *Combat* a Claude Bourdet. Como sugieren sus anotaciones y ensayos, se sentía ya exhausto, a los 34 de edad, de cargar con el peso de las expectativas puestas en él: “Todos quieren que el hombre que todavía está buscando haya llegado ya a sus conclusiones”. Pero así como en años anteriores había aceptado esa responsabilidad —“Uno debe proponer”, como dijo en 1950—, en su última intervención, en diciembre de 1959, su amargura es audible:

“No hablo para nadie: bastante dificultad tengo en hablar para mí mismo. No sé, o solo sé vagamente, hacia dónde me dirijo”³.

En los años que siguieron a su muerte, la reputación de Camus siguió cayendo. Mucha gente que vivía en la Francia metropolitana ya no compartía su preocupación por Argelia y sus distintas comunidades. En cuanto a los intelectuales, sus intereses en los años sesenta y setenta estaban lejos de los que habían llevado a hacer de Camus objeto de desdén, condescendencia y, finalmente, abandono. Estaba

² Ver Raymond Aron, *Mémoires*, París, Julliard, 1983, pág. 208 [ed. en castellano: *Memorias*, Barcelona, RBA, 2013]; Paul Villaneix, *Le premier Camus*, París, Gallimard, 1973, págs. 10-11.

³ Ver ‘L’Énigme’ (1950), en Albert Camus, *Essais*, ed. Roger Quilliot, París, Gallimard, 1965, págs. 859-867; ‘Dernière interview d’Albert Camus’, 20 de diciembre de 1959, *Essais*, pág. 1925.

superado por la radical y cada vez más intolerante politización de una generación más joven, por el *autolacerante tiers-mondisme* del último Sartre y sus seguidores, por el “antihumanismo” en boga entre los académicos, por las nuevas modas literarias, y más que nada por el declive del estatus de escritor. En una mirada retrospectiva sobre su experiencia en los años sesenta como fundador-editor del *Nouvel Observateur*, Jean Daniel recordaría “descubrir rápidamente que era entre las ciencias humanistas –historia, sociología, etnología, filosofía– donde uno tenía que buscar el equivalente a los *littérateurs* que en mi juventud habían ejercido como *maîtres à penser*”⁴. En el mundo de Barthes, Robbe-Grillet, Lévi-Strauss y Foucault, Camus estaba *dépassé*.

Y no porque no se le leyera: *El extranjero*, *La peste* y *Calígula* se establecieron como textos de los programas de estudio de liceos y universidades, como lo estaban (y lo están) en las listas de lecturas recomendadas de millones de estudiantes en el extranjero. Albert Camus se había convertido, ya en vida o muy poco después, en un “clásico” universal. Pero también esto se esgrimía en su contra. Cuando tiene lugar la muerte de la propia Hannah Arendt, a mediados de los setenta, Albert Camus se hallaba tan alejado del círculo de intereses y estilos que entonces conformaban la cultura parisina como para parecer casi un forastero. Incluso hoy, cuando su reputación se va recuperando lenta y parcialmente, parece en cierto modo sin relación con el mundo de sus contemporáneos intelectuales. Hay algo de intempestivo, incluso de no-francés en la figura de Camus. Dada la facilidad con la que parecía hablar en nombre de la Francia posterior a la Resistencia y hasta encarnarla, resulta curioso. ¿Cómo pudo ser?

El rápido ascenso de Camus a la celebridad, durante y después de la Ocupación, fue en parte la consecuencia de su trabajo en la Resistencia como periodista clandestino, lo que le labró el camino de

⁴Jean Daniel, *L'Ère des ruptures*, París, Grasset, 1979, págs. 29-30.

TONY JUDD

acceso a la prensa en la posguerra y a la influencia de sus editoriales en *Combat*. Pero fue también el producto de su éxito literario: *El extranjero* y *El mito de Sísifo*, publicados ambos en 1942, consagraron indeleblemente a Camus como un “existencialista”; junto a Sartre y Simone de Beauvoir, formó parte del informal club de escritores filosóficos *engagés* que dominaron las modas culturales y políticas en la época de la posguerra. Fuera cual fuese el significado de esa etiqueta para Sartre, Camus siempre pensó que, en su caso, era un error. Como hizo ver en febrero de 1952: “No soy un filósofo y nunca he pretendido serlo”⁵.

Lo cual es ligeramente insincero. Ciertamente, Camus carecía de una formación filosófica formal; más tarde Raymond Aron tacharía sus incursiones filosóficas en *El hombre rebelde* de “pueriles”. Pero en los años cuarenta “existencialismo” era más y menos que una filosofía, y en su variante francesa tenía solo una exigua relación con la obra de los alemanes Husserl y Heidegger, de la que hacía un uso ostensible. Lo que hizo de Camus un “existencialista” para sus contemporáneos fue el tono de su novela más famosa y el argumento, o al menos los aforismos, de su ensayo sobre el mito de Sísifo. Meursault, el protagonista de *El extranjero*, vivió hasta el final lo que su autor quiso presentar como la “absurdidad” de la condición humana: el absurdo, afirmó Camus, había nacido de “esa confrontación entre la necesidad humana y el inaceptable silencio del mundo”⁶.

Hoy, con la publicación de los varios *carnets* de Camus y, recientemente, de su última novela *El primer hombre*, tenemos una mejor percepción de lo que pretendía decir con la noción de absurdo. Estaba invistiendo a la palabra con muchas de sus muy concretas y profundamente personales experiencias –en particular, la difícil relación con su madre, una analfabeta y casi muda presencia/ausencia durante su infancia de pobreza en Argel– y, sobre todo,

⁵ ‘Entretien sur la révolte’, *Gazette des lettres*, 15 de febrero de 1952, y en Camus, *Actuelles II*, París, Gallimard, 1953, págs. 51-68.

⁶ *El mito de Sísifo*, Madrid, Alianza, 2012.

estaba intentando expresar la importancia que los sentimientos tales como el del entorno y otras sensaciones físicas tuvieron para él, en contraste con el aparente vacío del mundo espiritual.

Así, hay un pasaje en *Sísifo* en el que Camus escribe esto:

“En un universo repentinamente desposeído de ilusiones y de luces, el hombre se siente un extraño, un extranjero. Su exilio no tiene remedio, pues está despojado de la memoria de un hogar perdido o de la esperanza de una tierra prometida. Ese divorcio entre un hombre y su vida, entre el actor y su escenario, es propiamente el sentimiento de lo absurdo”.

Al igual que es sabido que Camus notó que los comentaristas pasaban por alto la importancia del escenario argelino en *La peste* y *El extranjero*, tanto sus críticos como sus admiradores a menudo o bien sobrevaloraron o bien no captaron el mensaje de sus escritos no literarios. Sus lectores de los años cuarenta, sin embargo, tomaron al pie de la letra las etéreas aseveraciones presentes en *Sísifo*: el hombre es “la única criatura que rechaza ser lo que es”, que “asume” su condición y a la vez busca vencerla; la “revolución existencial” es la esperanza que brota en un mundo sin salida, y así sucesivamente.

Camus, subido en el cohete de estas y otras nebulosas reflexiones sobre el dilema humano, “se entregó” reticentemente a París y pasó allí la segunda mitad de los años cuarenta como un representante público de la visión existencial y “absurda” de la condición moderna. Pero nunca pretendió saber qué significaba *ser* un existencialista; de hecho, en la medida en que el término implicaba cualquier posición particular en debates políticos o metafísicos, Camus fue un inconformista desde el principio.

“Tengo poca afición a la excesivamente celebrada filosofía existencial, y a decir verdad, creo que sus conclusiones son falsas; pero al menos representan una gran aventura intelectual [*une grande aventure de la pensée*]”⁷.

⁷ ‘L’Énigme’, pág. 158; artículo de Camus en *Combat*, 8 de septiembre de 1945. Su biógrafo Olivier Todd señala juiciosamente que Camus trataba de decir casi demasiadas cosas con la noción de “absurdo”: “Lo emplea de diversas maneras, en el sentido de contradictorio, falso, excesivo. Su raciocinio parece apresurado, poco consistente, demasiado enfático. Buscando infructuosamente cierto grado de claridad, refleja el desasosiego de los años de mitad de siglo”. Olivier Todd, *Albert Camus. Une vie*, París, Gallimard, 1996, pág. 297.

TONY JUDD

En efecto, Camus el escritor había sido forzado a seguir un importante cambio en el gusto intelectual francés: el lugar central ocupado por la literatura y los hombres de letras en la vida cultural parisina durante gran parte del siglo precedente fue reemplazado desde finales de la década de 1930 por la moda de filosofar públicamente. Bastante antes de instalarse en París, mientras estaba todavía colaborando con un periódico en su Argel nativo, Camus estaba ya incómodo con la nueva moda. Sus comentarios sobre *La náusea* de Sartre, escrita en 1938 –muchos años antes de que ambos se encontraran– son ilustrativos al respecto:

“El error de cierto tipo de escritores es creer que la vida es trágica porque es penosa [...]. Anunciar la absurdidad de la existencia no puede ser un objetivo, solamente un punto de partida”⁸.

La paradoja del “existencialismo” sartriano, al menos para Camus, reside en su énfasis en el compromiso político. Si no hay deberes o razones externos que nos lleven a elegir opciones, si nuestra libertad no tiene otros límites que nuestras propias decisiones, ¿por qué adoptar entonces una postura pública en lugar de otra? Partiendo de la perspectiva de Sartre, la condición del intelectual comprometido es en el mejor de los casos contradictoria, en el peor autocomplaciente. Camus llegó a esta escéptica conclusión sobre el punto de vista de su antiguo amigo después de la ruptura entre ambos ocasionada por la publicación de *El hombre rebelde* en 1951 y la respuesta a la misma de Sartre en *Les Temps modernes*; pero los fundamentos de su aversión a las posturas políticas públicas se pueden encontrar antes y son bastante diferentes.

Camus siempre se definía a sí mismo como “escritor” y hablaba en tercera persona de sus dilemas como los del “artista”. Desde los primeros años de la posguerra, en la cima de su visibilidad e influencia públicas, hasta los últimos años cincuenta, cuando

⁸ Camus en *Alger républicain*, 20 de octubre de 1938.

la tragedia de Argelia le redujo al silencio, sus escritos publicados y no publicados están plagados de reflexiones acerca de las presiones para que el artista interprete un papel público, para que sea alguien diferente a quien es. A veces hablaba a través de sus personajes –Rieux en *La peste* (1947) anuncia que carece del gusto por el heroísmo o la santidad y simplemente quiere ser un hombre–. A veces hacía llamativas declaraciones de participación pública que parecían sugerir un deseo simultáneo de retirarse: en un discurso en la Salle Pleyel, en diciembre de 1948, ante una audiencia de intelectuales del efímero Rassemblement Démocratique Révolutionnaire, Camus afirmó:

“Frente a la sociedad política contemporánea, la única actitud coherente del artista [...] es la negativa sin concesiones”⁹.

Principalmente, al menos hasta 1951, reservó tales pensamientos a sus cuadernos, registrando su deseo de retirarse del mundo, de superar la “debacle psicológica” de su participación pública.

En los años cincuenta, sin embargo, la tensión era explícita. Haciendo un llamamiento en favor de una tregua en la guerra de Argelia, en 1956 escribió:

“No soy un hombre político, mis pasiones y mis gustos me llaman a otros lugares distintos de las tribunas públicas. Voy allí solo por la presión de las circunstancias y por la idea que a veces tengo de mí mismo como escritor”¹⁰.

Buena parte de la animosidad hacia él en ese momento, y en las décadas que siguieron a su muerte, derivaba de su negativa a admitir que el lugar adecuado y necesario para el artista-intelectual estaba en la calle. Desde bastante antes de la guerra de Argelia,

⁹ Citado por Herbert R. Lottman en *Albert Camus*, Madrid, Taurus, 1994.

¹⁰ Ver ‘Appel pour une trêve civile en Algérie’, discurso pronunciado en Argel, 22 de enero de 1956, y pub. en *Actuelles III: Chroniques algériennes 1939-1958*, París, Gallimard, 1958, pág. 170.

TONY JUDD

los comunistas en particular recriminaban a Camus no tanto su antiestalinismo como su creciente rechazo a compartir “posiciones” políticas o a meterse en discusiones públicas (en fecha tan posterior como 1979, el diario comunista *L'Humanité* le describía como un irresponsable *endormeur*).

Para Camus, la situación de los escritores franceses de generaciones anteriores era por tanto envidiable –admiraba en particular a Roger Martin du Gard por su éxito en “fundirse” con su propia obra, mientras que él, Camus, había sido demasiado *externamente* visible y en consecuencia había pagado el precio tanto en su obra como en su tranquilidad de espíritu–. En una conferencia que dio en Upsala, Suecia, en diciembre de 1957, expuso esa preocupación hasta un punto obsesivo, provocado por las críticas a su falta de toma de postura sobre Argelia y de un modo más general por su larga retirada del compromiso político desde la publicación de *El hombre rebelde*:

“En 1957 Racine se estaría disculpando por haber escrito *Bérenice* en lugar de luchar por la defensa del Edicto de Nantes”.

Dos meses antes había concedido una entrevista a *Demain* en la que incidía sobre lo mismo:

“Los escritores no pueden ignorar los tiempos que viven, pero tienen también que mantener, o recobrar, cierta distancia si quieren permanecer fieles a sí mismos”¹¹.

Para sus contemporáneos, Camus parecía así haber evolucionado desde el compromiso intelectual de la Resistencia, pasando por el *maître à penser* de los años de posguerra, al desengañado y cada vez más frustrado artista de los últimos años cincuenta. Desde su punto de vista no había habido evolución, sino sencillamente una tensión gradualmente creciente entre sus necesidades privadas y su imagen pública, una presión que rebotó con la sensible cuestión de Argelia, en la que sus sentimientos personales y políticos ya

¹¹ ‘L'artiste et son temps’, pub. en *Camus, Discours de Suède*, París, Gallimard, 1958, pág. 29; Todd, *Albert Camus*, 761.

no podían quedar al margen. Pero si hubo un momento en el que la relación de Camus con su mundo se desplazó definitivamente, cuando pasó de ser “uno de los nuestros” a ser un “intruso”, por así decirlo, fue con la publicación, en 1951, de *El hombre rebelde*. En este extenso ensayo sobre la idea formulada en su título, que contenía un ataque directo a los mitos revolucionarios que eran el sostén del pensamiento radical contemporáneo, Camus no solo rompió públicamente con la corriente principal de la izquierda política francesa, con la que había permanecido asociado hasta entonces; revelaba aspectos de su punto de vista que le situaban un tanto en las afueras de la convencional comunidad del discurso intelectual de la que hasta hacía poco tiempo había sido un destacado representante.



[Extracto del capítulo 2 de *El peso de la responsabilidad*. Traducción de Juan Ramón Azaola. Taurus, 2013.]

TONY JUDT (1948-2010) HISTORIADOR. AUTOR DE *PENSAR EL SIGLO XX*, *EL REFUGIO DE LA MEMORIA*, *ALGO VA MAL*, *PASADO IMPERFECTO* Y *POSTGUERRA*, (TODOS PUBLICADOS POR LA EDITORIAL TAURUS.)